

POLÍTICAS DE LA MEMORIA: EL LEVANTAMIENTO DE 1932 EN EL SALVADOR

*Héctor Lindo Fuentes**

Resumen

Este artículo analiza la cambiante memoria histórica del levantamiento comunista ocurrido en El Salvador en 1932. Las diferencias que se observan al comparar recuentos contemporáneos de los eventos y fuentes periodísticas de diferentes épocas, muestran el carácter maleable de las narrativas construidas para describir y explicar el levantamiento. El artículo muestra la relación entre variaciones en las narrativas y cambios en la situación sociopolítica de El Salvador.

Palabras clave: Matanza – memoria histórica – Partido Comunista – Socorro Rojo Internacional – Maximiliano Hernández Martínez – Oscar Osorio – FMLN.

*

Doctor en Historia por la Universidad de Chicago. Docente de Historia y Director del Programa de Estudios Latinoamericanos y Latinos (Lincoln Center), Universidad de Fordham, EE. UU. Correo electrónico: lindo@fordham.edu

Abstract

This article analyzes the ever-changing historic memory of the Communist uprising in El Salvador that took place in 1932. The dissimilarities observed when comparing the contemporary narration of events with the newspaper sources at different points in time, clearly evidence the malleable nature of the accounts created to describe and explain the revolt. This article highlights the existing connection between the variations in the narratives and the changes in the socio-political situation of El Salvador.

Keywords: Slaughtering – historic memory – Communist Party – Socorro Rojo Internacional (International Red Aid) – Maximiliano Hernández Martínez – Oscar Osorio – FMLN

El que la historia esté condenada a repetirse tiene que ver tanto con la capacidad de olvidar como con la capacidad de recordar. Una exploración de cómo diferentes elementos de la sociedad salvadoreña seleccionaron, silenciaron y reacomodaron diferentes aspectos de la historia de la matanza de miles de campesinos e indígenas que tuvo lugar en 1932 nos ayuda a comprender la problemática historia de El Salvador. Los principales actores políticos del país nunca olvidaron la Matanza. A través de los años, el recuerdo de un confuso y complejo conjunto de eventos fue continuamente conformado y reconformado, de manera que proporcionó categorías y un completo glosario de símbolos que identificaron a las principales fuerzas que se enfrentaron durante la guerra civil de la década de los ochenta. La memoria del evento afectó la política y la política, a su vez, afectó la memoria del evento. Cuando los actores políticos tejían historias sobre lo que ocurrió en 1932, el contexto contemporáneo alteraba la narración. El análisis de la memoria del levantamiento de 1932, tal como se fue transformando a lo largo de las décadas, muestra un cuadro variado y siempre cambiante. De hecho, es posible hablar de una historia política de la narrativa y de las políticas de la memoria del estado salvadoreño. Esto es lo que se hará en las páginas siguientes, tomando como punto de partida no los trabajos de académicos,

sino la historia que se maneja en la vida diaria, las referencias en los periódicos, los libros de propaganda, las páginas Web.

Antes del levantamiento

Se puede decir que la narrativa de la memoria de lo ocurrido en 1932 se empezó a construir, lentamente, inclusive antes de que ocurrieran los acontecimientos. La crisis mundial que siguió al colapso de la Bolsa de Valores de Nueva York, en 1929, llevó a la baja de los precios de productos prescindibles como el café, que para entonces representaba más del noventa por ciento de las exportaciones de El Salvador. Los precios eran tan bajos que muchos cafetaleros decidieron que no valía la pena cosechar el grano y no contrataron cortadores. La espiral descendente parecía incontrolable, el desempleo bajaba los salarios, las quiebras de cafetaleros y comerciantes aumentaban el desempleo y bajaban los salarios, ya no en el campo sino también en la ciudad. Con menos exportaciones de café, los ingresos del estado también bajaban y los empleados públicos dejaban de percibir su salario por varios meses o perdían el empleo.

El clima de tensión social resultante, el hambre, las huelgas, la desesperación, la agitación comunista, las amenazas a la propiedad y el clima de inseguridad, constituyeron el contexto de las elecciones presidenciales de 1931. El ganador fue Arturo Araujo, el candidato que había hecho más promesas para aliviar la situación, particularmente en las zonas rurales. En su campaña, Araujo y sus partidarios habían prometido tierras para obtener apoyo, pero una vez en el poder le fue imposible cumplir con sus promesas. Su administración se caracterizó por la falta de organización, pero fueran cuales fueran sus habilidades gerenciales, los limitados recursos del estado no dejaban de disminuir y cualquier reforma social era imposible. Inclusive los soldados del ejército dejaron de recibir sus salarios puntualmente. Araujo perdió rápidamente el apoyo del ejército y de los hombres de negocios. Ocurrió lo inevitable. En diciembre se dio el golpe de estado que llevó al poder al General Martínez. Las elecciones municipales, programadas

para diciembre, fueron retrasadas por el golpe de estado, pero se llevaron a cabo en enero con amplia participación y varias victorias del partido comunista. Todo esto creaba zozobra entre la élite.

Para enero de 1932 la prensa publicaba reportajes sobre temores de un levantamiento.¹ El arzobispo de San Salvador, Monseñor Beloso, escribió una carta a los capitalistas advirtiéndole sobre el peligro comunista si no se trataba a la gente con más justicia.

“Nos permitimos preguntar:

- 1) Sabe usted cómo viven sus colonos?
- 2) Tienen ellos en sus viviendas cierta comodidad e higiene?
- 3) Se les paga el salario suficiente, no sólo para el vivir cotidiano, sino también para que sostengan a su familia, a base de economía y honradez?
- 4) Los colonos y empleados todos, trabajan de tal manera que pueden cumplir con sus obligaciones religiosas?
- 5) Se les da facilidades para que sus hijos reciban la instrucción conveniente?
- 6) Cuentan con médico y medicinas para sus enfermedades ordinarias, particularmente si viven en zonas malsanas?
- 7) No se abusa de la debilidad de los niños obligándoles a trabajos incompatibles con su edad?
- 8) Se impone a las mujeres, sobre todo a las que son madres, obligaciones que les imposibilitan atender a sus niños?

Si todos los patronos tratan a sus trabajadores de modo que no se deje ni una sola de estas cosas sin cumplir, creemos, y estamos seguros de ello, que el peligro comunista quedará completamente conjurado”.²

Es decir, previo a la rebelión existía un agudo sentido de peligro y vulnerabilidad y menciones de agitación comunista. Esta sensación estaba complementada por una percepción de la agudeza de los problemas sociales. Todo esto iba a dictar la lectura de los eventos.

El levantamiento

El 21 de enero los periódicos anunciaban que el gobierno había abortado un complot comunista en la capital y declarado estado de sitio en seis departamentos. Alrededor de la medianoche, entre el 22 y el 23 de enero, las fuerzas rebeldes atacaron comunidades en el oeste del país: Tacuba, Ahuachapán, Juayúa/Salcoatitán/Nahuizalco, Izalco, Sonsonate/Sonzacate, y Colón. Atacaron primero sitios estratégicos y las principales edificaciones que representaban el poder del estado: cuarteles de policía, oficinas de telégrafos, oficinas municipales. También asaltaron casas de terratenientes y saquearon comercios locales. Los rebeldes descargaron su ira contra miembros de los grupos de poder: alcaldes, cafetaleros, comerciantes, y comandantes militares. Decenas de personas murieron víctimas de los asaltos. Las estimaciones más altas del número de muertos víctimas de la furia rebelde llegan al centenar.

La respuesta del gobierno fue rápida e implacable. En cosa de tres días las tropas del ejército, capaz de oponer sus ametralladoras al improvisado y escaso armamento rebelde, habían recuperado el control de todas las localidades que habían tomado los alzados en armas, y empezó una represión de proporciones sin precedentes. Con la ayuda de las "Guardias Cívicas", grupos de jóvenes civiles armados que se organizaron rápidamente en los primeros días del alzamiento, las tropas gubernamentales iniciaron la eliminación sistemática de miles de personas, en su mayor parte indígenas y campesinos, que parecían sospechosas de haber participado en el alzamiento o de ser simpatizantes. Dependiendo de quién haga el cálculo, la cifra de víctimas de la represión oscila entre 5.000 y 35.000. Nadie se preocupó por contar los cadáveres que se apilaban a la vera de los caminos, y setenta años después parece imposible llegar a un estimado totalmente satisfactorio.

Los primeros relatos aparecieron en los periódicos inmediatamente después del levantamiento. En un principio eran una confirmación de los temores que se habían señalado unos días antes. Los reportajes usaban la palabra comunista de forma indiscriminada, sin referirse

necesariamente a membresía a un partido o a la adopción de una estructura de ideas específica. De hecho, el periódico *El Día*, desde antes de la rebelión señalaba que el llamado comunismo salvadoreño era muy sui generis, inclusive en el caso de miembros declarados del partido. El 4 de enero de 1932, decía *El Día*:

“reconocemos, por otro lado, que el partido comunista salvadoreño, por lo que ayer les oímos a sus oradores, de lo que menos tiene es de comunista. La ‘verdadera razón de ser’ del comunismo legítimo lo dejan al margen, y hasta lo repudian, nuestros señores comunistas. Nuestro comunismo no va contra la propiedad privada, según declaró uno de los oradores, sino que se asienta únicamente sobre la cooperación, solidaridad y ayuda mutua. Más que un partido político con fines sociales, el comunismo salvadoreño es una asociación de mutua ayuda, algo así como un masonismo de las clases desheredadas”.³

Sin embargo, en el periódico *La Prensa* se informaba sobre los eventos usando frases como “el movimiento comunista”, “los grupos rojos”, “la hidra de cien cabezas del comunismo”. A pesar de este énfasis, en el subtexto, se pueden encontrar elementos para una interpretación más compleja de los hechos. El periódico también menciona “indios borrachos”, y descripciones de crueldad y violencia consistentes con las pesadillas mestizas del supuesto salvajismo indígena. Así, se habla de “indios terroristas” que atacaron el cuartel de Ahuachapán desnudos, y del caso de los policías de la Aduana de Sonsonate a quienes “los comunistas les sacaron los ojos, colocándoles cabos de puro en los huecos sangrientos”.⁴

En todos los reportajes el elemento común más importante era el terror. Hay que recordar que el público lector se encontraba más que todo en centros urbanos. También hay que recordar que la vasta mayoría de los muertos de 1932 fueron víctimas del estado y sus instrumentos. Mientras que el sufrimiento y el terror de las víctimas de la rebelión se describían puñalada por puñalada, violación por violación, con lujo de detalles, individualizando a cada una de las víctimas, la muerte de los campesinos se describía en términos genéricos: “se incinera gran cantidad de cadáveres de comunistas en todos los lugares en donde

fueron reprimidos los levantamientos”, decía un periódico. El 15 de febrero, *La Prensa* anunciaba que “gracias a la energía del Gobierno del General Martínez ha sido restablecida totalmente la paz”. Esta oración era una referencia antiséptica a la ejecución sistemática patrocinada por el estado de miles de indígenas y otros campesinos. También se informaba sobre el restablecimiento de la paz en términos de salud pública: “Para evitar las epidemias, la dirección General de Sanidad ha ordenado la incineración de los cadáveres de los comunistas muertos en los diferentes encuentros habidos en la República”.⁵

Inclusive en el calor de los acontecimientos hubo editorialistas que cuestionaban el carácter comunista de los eventos. *El Día* se preguntaba el 28 de enero “¿existe un partido comunista?” y explicaba que el grupo no tenía ni cinco años (en realidad eran dos) y que ni siquiera sus portavoces se ponían de acuerdo entre ellos.⁶ Un artículo en el *Repertorio Americano*, la importante revista intelectual de Costa Rica, cuestionaba el carácter comunista de la rebelión.⁷

El 4 de febrero, el General Martínez tuvo la oportunidad de presentar su lado del asunto en el discurso de apertura de sesiones de la Asamblea Legislativa.⁸ Se refirió a los acontecimientos sin usar una sola vez la palabra indígena o indio, silenciando cualquier posibilidad de comprender el carácter étnico del asunto. Esta extraordinaria omisión era indispensable para que la única interpretación posible de los acontecimientos fuera la del comunismo.

Su caracterización del levantamiento parece adelantar los mismos razonamientos que futuros gobiernos habrían de usar para justificar acciones reñidas con los derechos humanos. Según el General, el gobierno había tomado medidas preventivas contra un “plan terrorista”, pero ellas no habían sido suficientes. En vista de la “destrucción, el incendio, el asesinato de personas honorables o humildes, de autoridades militares y civiles; el ataque furioso a los cuarteles; el saqueo de establecimientos comerciales y demás tropelías semejantes” llevadas a cabo por “hordas desenfrenadas”, al gobierno no le había quedado otro camino que reaccionar con dureza. La represión se justificaba plenamente porque era imposible predecir qué

hubiera ocurrido si no se hubiera detenido la insurrección con “energía”. Por supuesto que era doloroso haber tenido que emplear “severas medidas de represión militar”, pero era indispensable para “la protección de la sociedad, la propiedad y la familia”. Finalmente, el General informaba que se estaban tomando medidas para evitar que se repitieran este tipo de incidentes. En las décadas siguientes, los sucesivos regímenes autoritarios usaron estas ominosas medidas preventivas como principal justificación para sus acciones represivas.

A los reportajes periodísticos contradictorios y al discurso de Martínez siguió la publicación de *Los Sucesos Comunistas en El Salvador* por el periodista Joaquín Méndez.⁹ Era este un libro comisionado por el gobierno que consistía en una serie de entrevistas a actores del proceso. En buena medida, los entrevistados eran personas que habían participado en la represión. El título no deja duda de que se consideraba que la rebelión era comunista, pero al estudiar su contenido con detenimiento se observa que se presta a una variedad de lecturas, tanto en lo que respecta a la naturaleza de la rebelión como a la de la represión. Las entrevistas incluyen referencias a comunistas, conflicto interétnico, miedo a las masas, ansiedades sexuales, conciencia de los problemas sociales y atisbos de vergüenza y horror ante lo desproporcionado de la masacre. Quizá el tema más persistente del libro es el de reflejar y promover el terror. Las historias de hordas de individuos descontrolados que recorrían las calles principales de los pueblos blandiendo machetes y gritando “viva el Socorro Rojo Internacional” no podían sino provocar terror a las clases medias de la capital.¹⁰

Pero dependiendo del narrador, o en diferentes momentos de la misma entrevista, las masas amenazantes eran de indígenas o de comunistas, los términos parecen intercambiables. Para justificar esto decían que no había indígena que no estuviese afiliado al comunismo, puesto que estaba en su naturaleza el ser fanático.¹¹ Algunas descripciones parecen un resumen de estereotipos que se forjaron en los siglos que siguieron a la conquista. Uno de los entrevistados se refiere a ellos como “raza conquistada”.

Los indígenas eran en esencia criaturas fanáticas, a veces mansos y a veces salvajes, siempre deseando poseer a la mujer ladina. Uno de los temas recurrentes en las entrevistas de Méndez era el terror de lo que los indígenas pudieran hacer a las mujeres. En Juayúa le presentaron al periodista a una muchacha de buena familia que según ellos estaba destinada a ser la mujer del líder indígena Chico Sánchez.¹² Se decía que el 25 de enero los ocupantes de Juayúa lo iban a dedicar a una violación en masa de mujeres ladinas. La consecuencia lógica de estas barbaridades era la necesidad de llevar a cabo un castigo ejemplar. Méndez reproduce un escrito por un terrateniente que vale la pena citar:

“Necesitamos la mano fuerte del gobierno, sin pedirle consejos a nadie, porque hay gentes piadosas que predicán el perdón, porque ellas no se han visto todavía con su vida en un hilo. Hicieron bien en Norteamérica, de acabar con ellos; a bala, primero, antes de impedir el desarrollo del progreso de aquella nación; mataron primero a los indios, porque éstos nunca tendrán buenos sentimientos de nada. Nosotros, aquí, los hemos estado viendo como de nuestra familia, con todas las consideraciones, y ya los vieran ustedes en acción! Tienen instintos feroces.”

Es decir, la solución al problema del comunismo era el genocidio de los indios, lo que da una idea de lo que se veía como el verdadero problema.

Algunas de las personas entrevistadas por Méndez, particularmente aquellos que tenían responsabilidades públicas, mostraban cierta sensibilidad al problema social y hablaban de la necesidad de mejorar las condiciones de los trabajadores. Incluso un miembro de la Asamblea Legislativa proponía la necesidad de legislar para proteger a los campesinos en contra de los abusos de los patronos.

En resumen, poco después de los eventos, los reportajes de prensa y las publicaciones oficiales y semioficiales, los escritos que iban a constituir la materia prima para futuras narrativas, pintaban un cuadro confuso en el que no se distinguían los indígenas de los comunistas y éstos últimos podían alternativamente tener ideologías confusas o ser parte de una conspiración muy bien pensada. La

información que se produjo en estos primeros momentos contenía el germen de interpretaciones diversas.

Curiosamente, en el resto de los trece años de dictadura del General Martínez se encuentran poquísimas menciones públicas de lo ocurrido. No hubo conmemoraciones periódicas, monumentos a las víctimas de uno u otro lado, ni misas oficiales. Los aduladores de Martínez no mencionaban el hecho para ensalzarlo como salvador de la patria y sus enemigos no se atrevían a mencionar las masacres. En sus reflexiones de fin de año el editoria- lista del periódico *La Prensa* se abstuvo de mencionar las palabras “levantamiento”, “comunista” o “indígena”. El lenguaje velado y las alusiones tangenciales de su escrito son un ejemplo de cómo los acontecimientos de enero, ex- traordinarios desde cualquier punto de vista, estaban en una categoría especial que por el resto de la dictadura no podían ser mencionados directamente:

“Es hoy el último día de 1932, año de prueba, duro, riguroso, cruel. Año de miserias y catástrofes, de dolores y angustias, de zozobras e inquietudes, no sólo para El Salvador sino también para todos los pueblos del mundo, que se debaten angustiados por salvarse a todo trance de la crisis universal, política, eco- nómica, social y ética que asuela a la humanidad entera, sin distinción de razas y continentes.

[...]

Sin embargo, precisamente por su maldad, el año que hoy termina es para nosotros saludable por sus enseñanzas, por la dolorosa experiencia que durante él hemos adquirido, por el es- píritu de previsión, de orden y de economía que ha hecho nacer en nosotros, pueblo desordenado, imprevisor, manirroto, pueblo alegre y confiado, como la ciudad de Benavente, que nunca espe- ró el año de las siete vacas flacas de la parábola bíblica”.¹³

A pesar de los esfuerzos por evitar el tema, la memo- ria de la Matanza estaba fuertemente grabada en la men- te del público y la transmisión oral era inevitable. Pero la transmisión oral se llevó a cabo dentro de diferentes comunidades de memoria y diferentes grupos elaboraron narrativas contrapuestas.

La caída del General Martínez cambió la forma en la que se habrían de recordar los acontecimientos. Mientras estuvo en el poder, hasta 1944, él profundizó

el proceso de erosión de poder local y fortalecimiento del estado central que se había puesto en marcha en las últimas décadas del siglo XIX imponiéndole un sello militarista y autoritario. La misión del ejército se transformó: si antes se había concentrado en defender al país contra enemigos externos, con Martínez desvió su atención a defender a las elites económicas contra enemigos internos. Los grandes terratenientes y sus socios comerciales comprendieron la lógica de la transacción política que habría de prevalecer por medio siglo: después de la Matanza de 1932 ellos cedieron al ejército el control directo del aparato del estado y recibieron a cambio garantías de protección. La versión de Martínez de dicha transacción, inspirada por el ejemplo de la Italia fascista y la Alemania Nazi, se comenzó a erosionar cuando presiones estadounidenses obligaron a El Salvador a declarar la guerra a los países del Eje.

Durante la Segunda Guerra mundial, los crecientes grupos medios de El Salvador encontraron inspiración en la retórica de las “Cuatro Libertades” de Franklin Delano Roosevelt. El Salvador pasó a ser país aliado en la lucha de la democracia en contra de los poderes opresores del Eje. Era imposible dejar de ver la obvia contradicción entre esta retórica y las realidades del martinato. El General había sido reelecto en dos ocasiones en elecciones impudicamente fraudulentas, había impuesto un partido único y mantenía un estado policía a la merced de los infames “orejas” (espías) encargados de informar a las autoridades aún sobre los detalles más pedestres de las conversaciones de taberna. Cuando se reeligió nuevamente en 1944 la paciencia de los salvadoreños se había agotado. Su intervencionismo en la economía lo había alejado de las clases pudientes, sus prácticas autoritarias resultaban cada vez más odiosas a los grupos medios modernizantes, y después de las masacres de 1932 las clases populares no estaban muy dispuestas a abrazar un reciente sesgo populista.

El 2 de abril de 1944 fracasó una rebelión de oficiales jóvenes. El General respondió con una ola de fusilamientos para los oficiales y ráfagas de ametralladoras para las

manifestaciones populares que siguieron. Pero los tiempos habían cambiado y grupos de profesionales se unieron a estudiantes universitarios para organizar un movimiento que culminó en una huelga general, la “Huelga de Brazos Caídos”, que finalmente persuadió al dictador de que había llegado el momento de su partida. Martínez abandonó el país en mayo de 1944. La salida del dictador no implicó un desmantelamiento inmediato de la dictadura, pero después del golpe de estado de 1948, que llevó el espíritu de 1944 al poder, se empezó a hablar de una nueva era.

Reformismo militar, 1948-1972

Al cambiar las circunstancias políticas se volvió a mencionar la Matanza. Durante lo que podríamos llamar el período de reformismo militar, de 1948 a 1972, coexistieron diferentes versiones. Mientras estaba cayendo Martínez, el *Repertorio Americano* de Costa Rica publicó un artículo en dos partes que constituye una especie de respuesta al libro de Méndez.¹⁴ Se trata de una narrativa alternativa de los acontecimientos de 1932, demostrando simpatía por los rebeldes, buscando comprender sus motivos y humanizando a las víctimas:

“El Comandante de Nahuizalco dispuso que la indiada reunida en la plaza amenazaba sublevarse. Conste que ningún indio portaba ni un alfiler.

Ordenó, pues, que funcionaran las ametralladoras y mataran sin compasión mujeres, hombres y niños. Se confundieron las sangres de todas las edades, saltaron los miembros separados de los cuerpos, rodaron las cabezas. Se vieron las faces conservando todavía el gesto de horror o de pena, o de esperanza y hasta la sonrisa de la fe que le ofrecía penitencia al santo patrón.

La matanza fue bajo el sol de febrero, sol bravo a las diez de la mañana. Muchos vieron la matanza. Vieron el hacinamiento de cadáveres, la grama seca, enrojecida por la sangre, y lo más horripilante: agonizantes a quienes no podía nadie ofrecerles ni un trago de agua. La piedad era ahí delito condenado con la muerte.”¹⁵

En 1946 se publicó un segundo recuento, con muy diferente punto de vista, e introduciendo un nuevo elemento que habría cobrar gran importancia en el futuro:

la visión de los acontecimientos de 1932 como una historia con moraleja, con lecciones para el futuro. Se trata de una publicación hecha en Guatemala durante el período en que Juan José Arévalo estaba introduciendo mayores libertades políticas y reformas legales que irritaban a la derecha guatemalteca. Los enemigos de Arévalo reconocieron al comienzo de la guerra fría que el tema del comunismo era muy poderoso, y encargaron a Jorge Schlesinger, que escribiera el libro que se intituló *Revolución Comunista. Guatemala en peligro ...?*¹⁶ El autor disponía de documentos que le habían proporcionado Clemente Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger, quienes a su vez los habían recibido directamente del régimen de Martínez.¹⁷ Al igual que en el caso del trabajo de Méndez, el mayor efecto del libro, con sus numerosos documentos y fotografías, era el de producir terror. El trabajo hace un retrato de los principales líderes comunistas y usa una especie de teoría del dominó para argumentar que, si un país de Centroamérica caía en manos del comunismo, el resto le seguirían. Como el libro estaba escrito para el público guatemalteco, el tema étnico parecía particularmente útil. Schlesinger vincula los dos temas como parte del mismo peligro. Explicando el levantamiento de 1932 aclara:

“En los indios, una vez despertadas las ambiciones, fue fácil revivir el sentimiento de raza, recordándoles que ellos eran antiguamente los dueños de la tierra; que los terratenientes actuales, no eran sino los herederos de los usurpadores, de los hombres que los habían esclavizado y que ya despuntaba la hora en que reivindicasen su derecho a poseer una tierra que era suya, y que ellos cultivaban”.¹⁸

Los indígenas eran para Schlesinger individuos especialmente peligrosos pues

“En los corazones de la raza vencida y humillada, germinan los sentimientos de odio y de venganza, y al sonar la hora de las reivindicaciones, desaparece la cultura efímera que ha cubierto con un barniz superficial los instintos bárbaros y salvajes; entonces se presenta en toda su ferocidad, el indio cruel de antaño, y su machete afilado siega vidas y destruye bienes.”¹⁹

Para añadir al pavor que producía a los ladinos urbanos guatemaltecos la posibilidad de indígenas comunistas alzados en armas, Schlesinger regresa al tema de las ansiedades sexuales de los ladinos y describe el rumor de violaciones organizadas en Juayúa, estableciendo un vínculo entre lujuria indígena y perfidia comunista:

“En medio de este frenético holgorio, una racha de sensualidad se levantaba en todos los grupos de hombres lujuriosos, y sobre los hogares honrados, sobre las niñas impúberes, se cernía el terrible peso de una violación en masa. A instancias insistentes de los hombres del rojismo, las autoridades comunistas improvisadas, señalaron lo que la mente popular ha dado en llamar: “la noche de bodas” y esta sería la carta de su triunfo. Durante ella se permitirían todos los actos de barbarie. Pero los planes funestos de los lascivos soldados del Soviet, no llegaron a realizarse; las tropas, con su oportuna llegada, salvaron el honor de las moradoras de Juayua.”²⁰

Tanto en el texto del *Repertorio Americano* como en el libro de Schlesinger tenemos una diferencia cualitativa con las anteriores publicaciones de prensa y el libro de Méndez. Para la década de los cuarenta los eventos de 1932 ya estaban organizados en una verdadera narrativa.²¹ Siguiendo a Hayden White podemos decir que narrativa, en este sentido más técnico, implica un ordenamiento de los eventos dándoles patrones de significado que un mero recuento literal de los hechos, por sí mismo, nunca es capaz de producir.

Durante el período de reformismo militar la historia de lo ocurrido en 1932 se puso al servicio de diferentes tramas narrativas. Unos cuantos ejemplos servirán para ilustrar este punto.

El levantamiento de 1932 como moraleja

En 1946, en un período de reacomodos políticos, el Padre Benjamín Arrieta Gallegos publicó un artículo en la revista *Estudios Centroamericanos (ECA)* en el que recuenta la historia a manera de advertencia. La desigualdad continuaba en El Salvador y, para él, 1946 tenía grandes similitudes con 1932. Él veía una situación

peligrosa, pues la mayoría de la población vivía en la miseria. Desde su punto de vista, la solución era introducir cambios sociales y darle liderazgo a la Iglesia Católica en la organización de los obreros, un tipo de liderazgo que no había tenido esta corporación desde el siglo diecinueve.²²

Seis años después, en el vigésimo aniversario de la Matanza, el periódico *La Tribuna* regresó al tema de las lecciones que se podían inferir de los acontecimientos que se conmemoraban. En una serie de artículos, *La Tribuna* subrayaba la persistencia y profundización de las diferencias sociales de El Salvador. En medio de la prosperidad de la posguerra, los millonarios locales viajaban frecuentemente a París, la Costa Azul y Montecarlo. El editorialista del periódico, Quino Caso, quien había estado muy cerca del General Martínez a comienzos de su período, veía al alzamiento de 1932 como la consecuencia inevitable de la crisis económica y consideraba que era necesario llevar a cabo serias reformas económicas y sociales para evitar su repetición. Es más, él colocaba el aspecto étnico y el aspecto comunista de los eventos en perspectiva histórica:

“Entre nosotros, el brote comunista no era la raíz, sino la fluorción de un malestar que había sido sembrado mucho antes. Al igual que el movimiento del Indio Aquino, en el siglo pasado, no fue otra cosa que la protesta airada en contra de los resabios de la Colonia que aun pesaban sobre los indios, en una nación que se consideraba democrática y republicana, y que había borrado de sus leyes la palabra ESCLAVITUD.”²³

El levantamiento de 1932 y la imagen de la dictadura

Si la historia de 1932 inspiraba reflexiones divergentes sobre el tipo de cambio que necesitaba el país, también provocaba diferentes pensamientos sobre lo que decía sobre el régimen dictatorial. Después de la caída del dictador Martínez, la percepción de 1932 estaba vinculada a una evaluación de su régimen. En vista de los acontecimientos que precedieron a su derrocamiento, la élite veía al martinato como una inclemente dictadura que había sido derribada por los héroes del 2 de abril y los profesionales y trabajadores democráticos que apoyaron

la “Huelga de Brazos Caídos”. La represión del 44 y las reelecciones del dictador se veían entonces como imperdonables. Pero esto no necesariamente llevaba a condenar lo que ocurrió en 1932. Para el historiador salvadoreño más publicado del siglo XX, Jorge Lardé y Larín, quien por décadas fungió como profesor en la escuela de oficiales del ejército, el ruido de las ametralladoras matando indígenas en Juayúa era un “bálsamo de consolación” para los honestos terratenientes que habían visto a sus familias victimizadas y aterrorizadas. Sin embargo, él aplaudía la caída de Martínez y recordaba a los héroes y mártires de abril y mayo del 44.²⁴

Para Gregorio Bustamante Maceo y Osmín Aguirre Cardona, dos autores vinculados con el ejército, la Matanza fue un hecho condenable, y dan muestras de simpatías con las víctimas.²⁵ Particularmente interesante es el caso de Osmín Aguirre Cardona, hijo de quien había sido jefe de policía de Martínez. Él se refiere al 32 como la ocasión en la que los campesinos decidieron conquistar por la fuerza el bienestar que el estado siempre les había negado.²⁶ Inclusive en un popular libro de texto que se usaba hasta en el exclusivo colegio jesuita Externado de San José, José Alas García tachaba a Martínez de ser un dictador casi nazi que había consolidado su régimen cuando ordenó la ejecución de 20.000 indios campesinos que habían llevado a cabo una insurrección que se calificó de comunista.²⁷

El levantamiento de 1932 como herramienta en la contienda política

La existencia de una variedad de interpretaciones durante la época de reformismo militar no implica que se ignorara el potencial explosivo y polarizador de la historia, particularmente a medida que avanzaba la guerra fría. La propaganda previa a las elecciones de 1967, en las que resultó electo el Coronel Fidel Sánchez Hernández, es un excelente ejemplo de cómo se podía usar la historia para fines políticos. Basta un poco de aritmética para darnos cuenta de que 1967 era el aniversario número

35 de la insurrección. Como las elecciones se habían de llevar a cabo en mayo, la fecha del aniversario cayó en un momento en el que la campaña presidencial entraba a su etapa más activa. Cada día, desde enero hasta mediados de febrero, *El Diario de Hoy*, publicó una página completa para recordar al público salvadoreño sobre los acontecimientos de 1932, o, más bien, su versión de los acontecimientos. Las publicaciones incluyeron recuerdos de testigos presenciales, reproducciones de lo que se había escrito en *El Diario Latino*, y documentos y fotos sacados del libro de Schlesinger.²⁸ El periódico explicaba sus objetivos para aquellos que no comprendían sus intenciones:

“El Diario de Hoy considera más que oportuno y beneficioso dar a luz las importantes colaboraciones del escritor Pineda que llevan al lector, paso a paso, a ver como, desde el inicio de una propaganda que puede considerarse sin trascendencia, se llega hasta el desenlace de una terrible y dolorosa tragedia, capaz de sumir en el peor abismo a un país como el nuestro.

Recomendamos la lectura de esta serie al público salvadoreño en general, pero particularmente a los sectores del Gobierno, del Ejército y de la Iglesia, profesionales y estudiantes, así como a todos aquellos que creen cándidamente, o aparentan creerlo, en las “revoluciones pacíficas” y en los cambios inocentes de las estructuras económicas y sociales del país.”²⁹

Por un lado, el *El Diario de Hoy* reconoce que las advertencias contra el comunismo no responden a una amenaza directa, por otro le da vuelta al tema de la historia con lecciones. Si para otros autores la moraleja de 1932 consistía en que era necesario hacer reformas, para este periódico la lección era lo opuesto, cualquier cambio, por inocente que pareciera, tenía consecuencias nefastas. La referencia a las “revoluciones pacíficas” estaba clara para cualquier lector informado. La intención del periódico era atacar a los elementos que en círculos oficiales compartían los principios detrás de la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy. Él decía que aquellos que hacen imposible la revolución pacífica hacen inevitable la revolución violenta. En esos días diferentes comentaristas y articulistas volvieron a hacer referencias al 32 para advertir del peligro comunista.

Curiosamente, en la siguiente campaña presidencial, cinco años más tarde, las referencias a la matanza fueron mínimas, a pesar de que el lenguaje anticomunista retenía su plena vigencia con titulares como “Navidad sin Dios en Cuba” y constantes menciones negativas de los problemas de Allende en Chile. Sin embargo, ni siquiera la columna “Hoy en la Historia”, en la página editorial del 22 de enero de *El Diario de Hoy*, mencionó el aniversario. Algunos cuantos articulistas se acordaron de la campaña en la que resultó electo Arturo Araujo en 1931. Estas referencias nos aclaran un poco el misterio de la ausencia de referencias a los trágicos días de 1932. Una de las discusiones durante la la campaña en la que resultó electo el candidato oficialista Coronel Arturo Armando Molina, era la posibilidad de reforma agraria que ya se había discutido durante los últimos años de Sánchez Hernández. Las menciones históricas de la campaña de Arturo Araujo se referían al tremendo error de Araujo de prometer tierras cuando no podía cumplir su promesa. No se mencionaron las consecuencias, pero cualquier lector alerta sabía de qué se estaba hablando. La única explicación que se me ocurre para la voluntad de evitar el tema de 1932, es que el tema era demasiado peligroso en circunstancias en que el partido oficial estaba considerando muy seriamente llevar a cabo una reforma agraria con el apoyo decidido de los Estados Unidos y su agencia de desarrollo. Era imprudente criticar de manera frontal al gobierno militar utilizando la referencia histórica más explosiva del arsenal político salvadoreño.³⁰

Queda claro que durante la época del reformismo militar coexistieron varias versiones de 1932, no hubo una versión realmente hegemónica sancionada por el Estado. De acuerdo con quien fuera el autor, los eventos fueron ya sea bárbaros o necesarios, los insurrectos fueron campesinos hambrientos de tierra, indígenas ignorantes o peones del comunismo internacional. Sin embargo, a finales del período comenzó a predominar la versión que sostenía que la lección de 1932 era que había que resistir de forma implacable cualquier indicio de avance del comunismo internacional.

Esto nos lleva a preguntarnos la razón por la cual tomó tanto tiempo llegar a una versión hegemónica que manejara toda la élite. Mi hipótesis es que la historia de las masacres de 1932 era un estorbo para la élite, era incómoda para la narrativa del estado modernizante que se promovió a partir del golpe de estado de 1948. La caída de Martínez fue un momento de convergencia de intereses entre los poderes económicos y los grupos medios modernizantes. La llegada al poder del Consejo de Gobierno Revolucionario y, luego, la elección del Presidente Coronel Oscar Osorio, consolidaron el proyecto. La historia oficial revisó la memoria del General Martínez. Él dejó de ser el salvador de la patria que tuvo la fortaleza de eliminar a los comunistas, y pasó a ser el hombre extraño de origen indígena, que creía en el poder curativo de las aguas azules, llenó a El Salvador de “orejas” (espías), ordenó los fusilamientos del 2 de abril, y la muerte del joven terrateniente salvadoreño-estadounidense Joe Wright. Su derrocamiento fue el momento heroico que dio origen a la “Revolución de 1948”, que el régimen de Osorio trató de convertir en algo similar a la Revolución Mexicana, con todo y monumento en el vecindario más elegante y celebraciones anuales.

Conmemorar los hechos de 1932 implicaba celebrar al individuo cuya caída se consideraba el origen del régimen. Esto no tenía sentido. Además, la masacre había, efectivamente, eliminado la posibilidad de grandes movimientos populares, no había razón para resucitar esa memoria desagradable.³¹ Los gobiernos sucesivos se presentaban como reformistas y adoptaron un tono conciliador. Se toleraba a la oposición mientras no ganara elecciones. La represión patrocinada por el estado nunca desapareció, y podía ser feroz, pero era intermitente y selectiva, concentrándose en los elementos más radicales. Para los regímenes que siguieron a 1948 era importante destacar las discontinuidades con la dictadura de Martínez. De acuerdo con la historia oficial, el punto de inflexión en la construcción del estado salvadoreño contemporáneo no era 1932, cuando el ejército se convirtió en el protector del status quo, sino el momento glorioso en 1944, cuando los oficiales rebeldes del 2 de abril y la “Huelga de Brazos

Caídos” enviaron al dictador al exilio. Para finales de la década de los 60 las cosas estaban cambiando. La mayoría de la población no había vivido la dictadura de Martínez y la consolidación de Fidel Castro en Cuba cambiaba la percepción de la amenaza comunista.

Polarización y fin del reformismo militar: el levantamiento de 1932 como hoja de ruta

Después de la guerra con Honduras, en 1969, la situación en El Salvador se comenzó a polarizar cada vez más. Basta mencionar algunos acontecimientos y procesos para refrescar la memoria de los conocedores de la historia de El Salvador: el regreso de los salvadoreños en Honduras, la división del partido comunista y la formación de los primeros grupos guerrilleros, el secuestro del joven heredero Ernesto Regalado, las huelgas magisteriales, el fraude electoral de 1972, el intento de golpe de estado contra el General Sánchez Hernández, la expulsión del país del popular político demócrata cristiano José Napoleón Duarte, el fracasado intento de reforma agraria del Presidente Molina en 1975, las actividades de los grupos paramilitares de ORDEN en las zonas rurales, y la represión de cualquier forma de organización en el campo, particularmente comunidades de base promovidas por la teología de la liberación. No es este el espacio para hacer un recuento exhaustivo de esos años turbulentos, pero basta con señalar que en 1977, al llegar el General Romero a la presidencia, El Salvador estaba polarizado políticamente y la espiral de violencia ya estaba fuera de control. Es en estas circunstancias que las referencias a 1932 se hacen cada vez más frecuentes y cambian de carácter.

Esto se observa en la forma en la que se comprendía el problema. Al igual que en 1932, y como ocurre siempre que se polariza una situación política, el estado y la élite económica fundieron en una unidad indiferenciada a todas las fuentes de oposición. Así como en 1932 ya no había distinción posible entre indígenas, comunistas y otros enemigos del sistema, asimismo en los años 70 los comunicados de la Asociación Nacional de la Empresa Privada

(ANEP) agrupaban sin hacer distinciones a organizaciones estudiantiles y otras asociaciones cuyo objeto era organizar “atentados contra la vida de los agentes de seguridad pública, asaltos a bancos, secuestros con propósitos de extorsión y lucro, cobardes asesinatos a mansalva.” Lo cual era parte de una vasta conspiración “en los niveles internacional, nacional y local”.³² El Frente Agrario de la Región Oriental (FARO) publicó un desplegado en los periódicos diciendo que no había diferencias entre la Teología de Liberación y el marxismo, entre las organizaciones campesinas cristianas, los jesuitas y las organizaciones guerrilleras.³³

La Asociación de Beneficiadores de Café (ABECAFE) llevó la lectura de la situación política a su conclusión lógica haciendo una referencia velada a la necesidad de una solución similar a la de 1932. En un comunicado oficial ABECAFE decía que:

“Creemos que ya es tiempo de comprender que la seguridad interna es condición prioritaria a cualquier presión que pueda eventualmente tomarse contra el destino de nuestra patria. Así lo comprendió hace muchos años un gobernante que puso la seguridad, la paz y el orden interno de la República como condición primaria e indispensable para el desarrollo y la prosperidad de nuestro país”.³⁴

Hubo columnistas que no consideraban necesario ser oblicuos en sus referencias. Un artículo en *El Diario de Hoy* comparaba explícitamente 1977 y 1932 y concluía:

“La situación es peor a la de 1932, porque ahora el poder empieza a ceder, empieza a ‘tomarse’, la correlación de fuerzas a favor del marxismo va en aumento, a pesar de las ‘mayorías silenciosas’. Sabemos que en 1932 se produjo un grave enfrentamiento, una guerra civil de 100 horas con incalculables bajas. El enfrentamiento que desgraciadamente se vislumbra será de mayores proporciones, corregido y aumentado.”

El articulista continúa mencionando el caso del Líbano, país que entonces estaba en plena guerra civil, donde “su ejército no hizo nada por controlar la crisis que se avecinaba –bajo el principio que vale más prevenir que curar”.

Termina el artículo apelando al ejército para que haga algo para garantizar otros cuarenta años de paz, una apelación directa a las fuerzas armadas para que repitieran las masacres de 1932.³⁵

La versión de lo ocurrido en 1932 que se consolida en estos años borra totalmente su dimensión étnica. Los indígenas desaparecen de la narrativa, son invisibilizados, y el único aspecto que se recuerda de la confrontación es el de un movimiento organizado por la conspiración comunista internacional atacando al estado. Otro cambio en la narración es la rehabilitación del dictador Martínez. Desaparecen de las referencias al General asociaciones con los fusilados del 2 de abril de 1944 o con las acciones heroicas de la “Huelga de los Brazos Caídos”. Es más, Martínez se transforma en un héroe nacionalista. La derecha salvadoreña resentía las presiones del Presidente Carter para que se respetaran los derechos humanos. En este contexto, se recordaba el heroísmo de Martínez a quien no le importó pasar los primeros años de su administración sin el reconocimiento de los Estados Unidos. En noviembre de 1977 la Fraternidad Militar de El Salvador organizó una ceremonia artístico académica para hacerle homenaje al benemérito General.³⁶

Al leer los periódicos se observa la reconfiguración de una versión conservadora de la Matanza muy estilizada, que a medida que pasa el tiempo acumula paralelos con la lectura de la crisis de finales de la década de los setenta. La lectura de ambos períodos, con cinco décadas de distancia, se refuerza mutuamente. Ambas historias definen a un “otro” amenazante y manipulado por fuerzas oscuras. Todos los enemigos del Estado, cualquiera que sea su naturaleza, se convierten en amenaza comunista uniforme sin que exista la posibilidad de distinciones. La dimensión de la amenaza es tal que solamente una respuesta masiva puede tener resultados. En ese contexto el nacionalismo se define como la resistencia a cualquier llamado a la moderación proveniente de fuera. El Presidente Carter es tildado de facilitador del comunismo y enemigo de El Salvador, debido a sus llamados a respetar los derechos humanos. Martínez vuelve a ser héroe y se olvida a los fusilados del 2 de abril.

Esta es una versión de los acontecimientos que es la imagen espejo de la lectura de izquierdas. Por ejemplo, en el influyente trabajo del intelectual comunista Roque Dalton, particularmente en su libro *Miguel Mármol*, la historia de 1932 se libera de cualquier connotación étnica y el conflicto se convierte en una clásica confrontación entre las fuerzas progresistas del comunismo y la alianza entre el imperialismo y la oligarquía. La polarización política de la década de los setenta delineó de forma más precisa las fronteras entre grupos sociales y políticos y tuvo el efecto de consolidar y cerrar las comunidades de memoria. Dentro de los círculos de derecha, cualquier versión de 1932 que no fuera la de un país que sobrevivió un vicioso ataque comunista era sospechosa. Para las izquierdas, el mismo conflicto constituía un momento heroico del comunismo y demostraba la brutalidad de un gobierno que, a fin de cuentas, era el antecesor directo de los regímenes militares subsiguientes. Es más, para ambos bandos la nueva versión hegemónica de la historia dejó de ser una historia con moraleja y empezó a ser una hoja de ruta, un ejemplo a seguir. La nueva confrontación habría de llevar a la aniquilación de la amenaza roja o al triunfo de las masas que, después de casi cinco décadas, retomaban el protagonismo de su historia.

En la limitada producción histórica de la época de la guerra se repite la simple versión del levantamiento de 1932 como la confrontación del comunismo contra el Estado. Un ejemplo claro es un libro sobre la historia del ejército escrito por el Coronel Mariano Castro Morán y publicado por UCA Editores en 1983.³⁷ Él dedica un capítulo entero a describir los sucesos. La estructura misma del capítulo es un argumento. Empieza con perfiles de los líderes comunistas y continúa con una descripción de confrontaciones armadas siguiendo el estilo de la historia militar tradicional, técnica narrativa que maximiza el papel de los comunistas y no deja espacio para explorar el papel que los centenarios conflictos interétnicos puedan haber jugado en los acontecimientos. Cuando se publicó el libro no había duda sobre el mensaje implícito, y la conclusión del capítulo remacha el punto al decir que el asesinato de pacíficos ciudadanos, las violaciones y el pillaje, el vandalismo y la destrucción

de la propiedad son un ejemplo de lo que podría haber sucedido si hubiera triunfado el movimiento subversivo.³⁸

Por su cuenta, la izquierda manejaba las referencias históricas a 1932 usando las mismas dicotomías. En una entrevista el legendario líder guerrillero Salvador Cayetano Carpio, éste enfatizaba el liderazgo de Farabundo Martí como cabeza del partido.³⁹ Otros comandantes comparaban la guerra civil de los 80 con los acontecimientos de 1932 para demostrar porque esta vez las cosas eran diferentes. Para ellos no había duda de que el conflicto era una repetición del mismo drama, pero que en esta ocasión habría de tener un final feliz.⁴⁰

Versiones de posguerra

Para 1989 la Guerra Civil había reclamado decenas de miles de vidas, la economía estaba por los suelos y no se veía salida a la situación. El ejército salvadoreño y los Estados Unidos no tenían interés en una solución negociada para terminar con el conflicto, y ninguno de los contendientes parecía capaz de una victoria militar contundente. Ocurrieron dos cosas que cambiaron la dinámica de la guerra: la caída del Muro de Berlín y una ofensiva guerrillera que sorprendió a todos con su demostración de la fortaleza y habilidad táctica de las fuerzas rebeldes. Con una administración Bush adaptándose a la idea de que la “amenaza soviética” se estaba evaporando, un ejército salvadoreño libre de las ilusiones de lograr una victoria militar en el futuro cercano, y una clase empresarial sufriendo los costos económicos de la guerra, la solución negociada se presentó como una posibilidad. Siguiendo la pauta de los presidentes centroamericanos, con la ayuda de las Naciones Unidas, y ya sin la oposición del gobierno de Estados Unidos, el gobierno salvadoreño y los líderes del FMLN llevaron a cabo negociaciones que culminaron con los Acuerdos de Paz de enero de 1992.

En la atmósfera más relajada de la década de los noventa, varios miembros prominentes de la *intelligentsia* salvadoreña sintieron la suficiente libertad para escribir memorias que cubrían territorio que pocos meses antes

era terreno prohibido. Uno de los ejemplos más fascinantes es el de Reynaldo Galindo Pohl, quien en 1948 había sido el miembro más joven de la junta que derrocó los últimos vestigios del régimen de Martínez. Más adelante en su vida, tuvo una brillante trayectoria que incluyó un período como Ministro de Cultura, la Embajada en las Naciones Unidas, y culminó su carrera como enviado de las Naciones Unidas para lograr la paz en Chipre. Su libro es una memoria de sus años tempranos, que concluye con la tragedia de 1932. En él describe una insurrección más memorable por la histeria colectiva que por la auténtica seriedad de la amenaza. Si su interpretación se apega a los hechos, uno deduce que los comandantes locales que entrevistó Méndez en 1932 le dieron versiones que buscaban justificar sus acciones y esconder su ineptitud e incluso cobardía. Galindo Pohl retrata al líder indígena Feliciano Ama como alguien que poco tenía que ver con la insurrección, y describe su ejecución de forma que se asemeja a los linchamientos del sur de los Estados Unidos. En su relato, detrás de gran parte de la violencia se encuentran las tensiones entre ladinos e indígenas. Esta narrativa sugiere que la exageración de la crueldad de los rebeldes que se describen en Méndez tiene mucho que ver con la necesidad de la élite de justificar la horrenda masacre.

Otra fuente que permite comprender los cambios en las visiones de la élite en la posguerra se puede encontrar en la competencia entre los periódicos. Después de la guerra, los principales periódicos de derecha se embarcaron en iniciativas paralelas para producir historias ilustradas del país. *Centuria*, producida por el *El Diario de Hoy*, el más militante de los dos, se refiere a la masacre como un acto de limpieza, demuestra indignación al relatar la muerte de un caficultor, y menciona las masacres llevadas a cabo por las fuerzas del Estado sin emitir un juicio de valor. ¿Cómo se puede explicar esta actitud tan poco apegada a los recientes estudios históricos? La respuesta se encuentra en la última sección, en la se menciona que el primer miembro del nuevo partido político de los antiguos guerrilleros, el FMLN, fue Miguel Mármol, el famoso comunista sobreviviente de 1932 al que Roque Dalton le dedicó un libro. La memoria de 1932 seguía como arma

en el juego político. No es sorprendente entonces que al comenzar la campaña presidencial de 2004, *El Diario de Hoy* revivió el espectro del comunismo para atacar a Shafick Handal, el candidato presidencial del FMLN que había sido Secretario General del Partido Comunista por décadas.

Por otro lado, un libro de historia patrocinado por uno de los principales bancos encargó el capítulo sobre la dictadura de Martínez a Roberto Turcios, un intelectual progresista de reconocidos méritos. En los párrafos dedicados al levantamiento de 1932, el autor ofrece un sobrio análisis de los acontecimientos tomando en cuenta la importancia de la participación indígena.⁴¹ Esto no quiere decir que todos consideran que el alzamiento es ahora un simple objeto de estudio intelectual desapasionado. En 2004 la página web de la Embajada de El Salvador en Washington incluía una sección histórica describiendo los acontecimientos como el primer alzamiento marxista-leninista del hemisferio apoyado y financiado por la Unión Soviética.⁴² La diversificación de interpretaciones continúa. En enero de 2005 diferentes sectores del país conmemoraron la Matanza de diferente manera. Los principales periódicos ignoraron el aniversario, los periódicos alternativos le dedicaron secciones. En la zona de Izalco, escenario de las principales confrontaciones, un grupo de reivindicación indígena conmemoró los eventos como un episodio de conflicto étnico, mientras que, en el mismo pueblo, el FMLN organizó una actividad destacando la confrontación de comunistas contra el Estado.

La memoria social de un acontecimiento seminal como fue la Matanza va mucho más allá de los trabajos que produce la historia académica. La forma en que se recuerdan los momentos históricos es producto de circunstancias históricas. Las relaciones y conflictos de poder dan forma a la producción de la memoria y a su consumo.⁴³ A través del tiempo, los salvadoreños recordaron 1932 en un contexto cargado y siempre cambiante. Ellos pueden haber leído o no las fuentes primarias o los trabajos de historia académica, Dalton o Anderson, y si lo hicieron su lectura siempre fue selectiva, siempre lo es.

La inevitabilidad de la memoria de los acontecimientos de 1932, la necesidad de dar significado a los acontecimientos, de revisarlos, de cambiarles de forma, indica que las referencias a esa gran tragedia nacional no son meramente utilitarias, son inevitables. La Matanza cambió la realidad política de El Salvador, y su narrativa cambiante siguió alterando la visión de la realidad salvadoreña. Referencias al tema en las elecciones de 2004 indican que el tema no está agotado. Libre de las ataduras de la Guerra Fría, no me cabe duda de que las narrativas seguirán cambiando, y la lectura de los cambios nos dará una idea de los cambios que sufre el país.

El uso de 1932 en el debate público se debía tanto a la necesidad de explorar el pasado para buscar lecciones como a la urgencia de encontrar un lenguaje para explicar a El Salvador y sus conflictos. La Matanza se ha convertido en el tropo inevitable, un recipiente amplio y maleable, con paredes movibles, ahora rígidas ahora flexibles, siempre llenas de significado. Ya en 1932 un escritor reconoció el poder que tendría su memoria:

“¿Han ocurrido realmente todos los hechos que las agencias noticiosas difunden? ¿Tienen la responsabilidad de ellos los comunistas salvadoreños? La verdad no la conocemos porque quienes cuentan son los parciales. Pero es posible que nunca conozcamos esa verdad si en ocultarla están interesados hombres que viven de la miseria de los pueblos. Si la asonada ha sido el plan político sombrío, menos habrá luz de verdad. Y los comunistas seguirán siendo los promotores dignos de exterminio, la maldición que riega sangre y se harta de venganza. La leyenda maldita crecerá y para estos pueblos ignorantes habrá siempre la voz que en los instantes graves haga recaer en el comunismo todas las desgracias que los devoran. El suceso ocurrido en El Salvador es digno de la más honda reflexión precisamente porque hace de la palabra comunismo un déspota de la superstición humana. Con ella se justificarán las iniquidades de las castas que son plaga en la vida de las naciones.”⁴⁴

Notas

1. *La Prensa Gráfica*, 13 de enero 1932.
2. “Monseñor Belloso y nuestro palpitante problema social”. *El Día*, 20 de enero, 1932, p. 4

3. Alfredo Parada. "Comentarios, las elecciones de ayer". *El Día*, 4 de enero, 1932, p. 1.
4. *La Prensa*, 26 y 29 de enero, 1932.
5. *El Día*, 27 de enero, 1932, p. 4.
6. "Existe un partido comunista?" *El Día*, 28 de enero, 1932. El editorialista estimaba mal la edad del partido, su fundación fue en marzo 1930.
7. Juan del Camino. "Estampas. En El Salvador se ha cometido un crimen sombrío". *Repertorio Americano*. XXIV (6), 13 febrero, 1932.
8. Mensaje del Señor Presidente de la Republica, General Maximiliano Hernández Martínez leído ante la Asamblea Nacional, en el acto de la apertura de su periodo de sesiones ordinarias, el día 4 de febrero de 1932.
9. Joaquín Méndez. *Los sucesos comunistas en El Salvador*. San Salvador: Imprenta Funes & Ungo, 1932.
10. *Idem*, p. 36.
11. *Idem*, p. 199.
12. *Idem*, p. 60.
13. "En el último día del año maldito de 1932". *La Prensa*, 31 de diciembre, 1932.
14. Juan de Izalco. "La Matanza de 1932 en El Salvador". *Repertorio Americano*. XLI (4), 11 marzo, 1944 y XLI (6), 29 abril, 1944. Juan de Izalco es obviamente un pseudónimo. El artículo fue escrito en 1941 y enviado a la revista en 1943.
15. *Idem*, p. 86.
16. Jorge Schlesinger. *Revolución Comunista. Guatemala en peligro ...? Guatemala: Unión Tipográfica Castañeda Ávila, 1946.*
17. Un biografía del periodista guatemalteco Clemente Marroquín Rojas proporciona información sobre la forma en que Marroquín Rojas y Alfredo Schlesinger (padre de Jorge) recibieron los papeles directamente del General Martínez. Ver: Argentina Díaz Lozano. *Aquí viene un hombre*. 2ª edición. México: B. Costa-Amic, 1968, capítulos XIV y XV. Le agradezco a Héctor Pérez Brignoli el haberme proporcionado información sobre este libro.
18. Schlesinger, *op. cit.*, p. 25.

19. *Idem*, p. 7.
20. *Idem*, p. 193.
21. La definición de narrativa de Hayden White es como sigue: "the narrative figurates the body of events that serves as its primary referent and transforms these 'events' into intimations of patterns of meaning that any *literal* representation of them as 'facts' could never produce." "The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory". *History and Theory*. XXIII (1), febrero 1984, p. 22.
22. Valentín Arrieta Gallegos, S.J. "Hacia una construcción urgente del orden social en Centroamérica." *Estudios Centro Americanos*. I (3), junio 1946.
23. "Como Nació la Dictadura". *Tribuna Libre*, 25 de enero, 1952.
24. Jorge Larde y Larín. *El Salvador. Historia de sus pueblos villas y ciudades*. San Salvador: Departamento Editorial, 1957, p. 214.
25. Gregorio Bustamante Maceo. *Historia militar de El Salvador*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1951, p. 106.
26. Francisco Osmín Aguirre Cardona. *La historia constitucional de El Salvador y el movimiento unionista centro americano*. Talca, Chile: Talleres Gráficos Poblete, 1954, p. 143. El obituario de Osmín Aguirre y Salinas cita que su hijo Osmín murió en accidente de tránsito en 1956. *Diario de Hoy*, 13 julio, 1977, p. 62.
27. José Alas García. *Historia para el Tercer Curso de Plan Básico*. 4a. edición. Santa Ana, El Salvador: s.e., 1960, p. 201.
28. "La Tragedia Comunista de 1932". *El Diario de Hoy*, 15 de enero - 12 de febrero, 1967.
29. *Idem*, 15 enero.
30. Ramón López Jiménez. "El espectro de 1932 se alza amenazante. Los ofrecimientos de repartos de tierras". *El Diario de Hoy*. 7 de enero, 1972. Sidney Mazzini V. "La historia, ¿vuelve a repetirse?". *El Diario de Hoy*. 10 de febrero, 1972. Julio César Escobar. "La caída de Don Arturo y la verdad histórica" (artículo en tres partes). *El Diario de Hoy*. 21-24 de enero, 1972. Un artículo en cuatro partes en *La Prensa Gráfica* dedicado a episodios comunistas en El Salvador no mencionó los acontecimientos de 1932. Ver *La Prensa Gráfica*. 14-18 de enero, 1972.

31. Ver por ejemplo Enrique Baloyra. *El Salvador in Transition*. Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1982, capítulo 2.
32. *Diario Latino*. 16 de noviembre, 1977, pp. 16-17. ANEP. "Plan-teamiento al Gobierno de la Republica: La Tragica Realidad que vive El Salvador".
33. *Diario Latino*. Faro. "La Violencia Institucionalizada o el Evan-gelio Según San Marx". 22 de noviembre, 1977, p. 21.
34. *Diario Latino*, 24 de noviembre, 1977.
35. *Diario de Hoy*. "Satisface a Dr. Mazzini Nombramiento en la OEA". 2 de diciembre, 1977, p. 17
36. <<http://www.fuerzaarmada.gob.sv/heroes-militares/Heroes%20todos.htm>> Diciembre 2004.
37. Mariano Castro Morán. *Función política del ejército salvadore-ño en el presente siglo*. San Salvador: UCA Editores, 1983.
38. *Idem*, p. 138.
39. Roger Burbach. *Listen, Compañero: Conversations with Central American Revolutionary Leaders*. San Francisco, California: CENSA and Solidarity Publications, 1983, p. 13.
40. Marta Harnecker. *Con la mirada en alto*. Tercera Prensa, 1991, pp. 292, 303, 365.
41. "Los años del General, 1931-1948." En Álvaro Magaña (comp.). *El Salvador; La República*. vol. 2. San Salvador: Fomento Cul-tural Banco Agrícola, 2000, p. 410.
42. <<http://www.elsalvador.org/home.nsf/culture>>
43. Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past: Power and the Pro-duction of History*. Boston: Beacon Press 1995, p. 146.
44. Juan del Camino. "Estampas. Pensemos en El Salvador ...". *Re-pertorio Americano*. XXIV (4), 30 de enero, 1932, p. 51.